



DOS CREADORES
ANTIOQUEÑOS
EN SU

Cen-
te
nario

... He tenido tan cerca de mí
a Dora Ramírez, y desde hace
tantos años, que hablar sobre ella
sería hablar de un gran trecho
de mí mismo.

HOMENAJE DE RECTORÍA



EDICIÓN: Fondo Editorial UNAULA

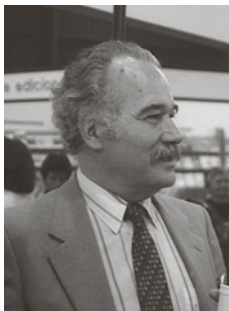
Revista UNAULA

Biblioteca "Justiniano Turizo Sierra"

CONCEPTO Y FOTOGRAFÍAS: Jairo Osorio

DISEÑO E IMPRESIÓN: Taller Artes y Letras S.A.S.

Manuel Mejía Vallejo



ESCRITOR

23 de abril de 1923, Jericó

23 de julio de 1998, El Retiro

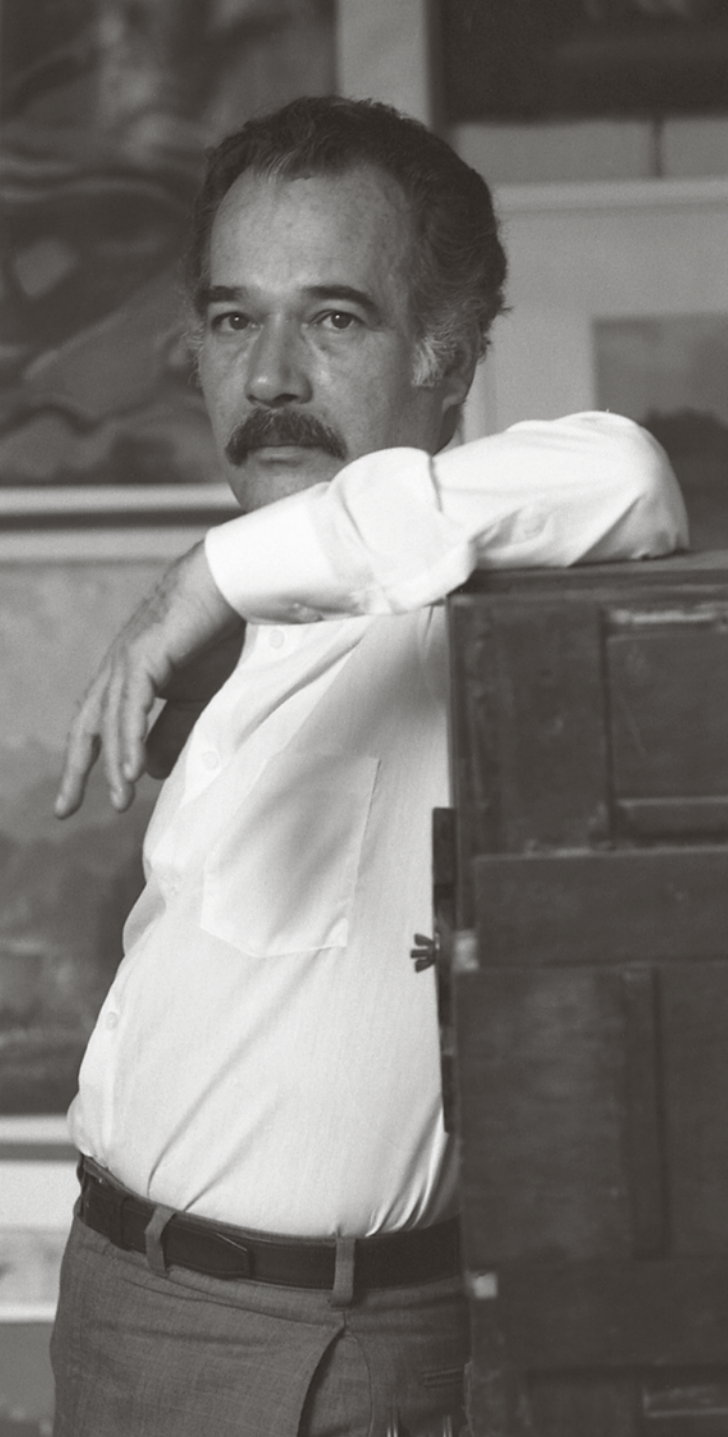
Dora Ramírez



ARTISTA

17 de junio de 1923

24 de marzo de 2016, Medellín



MANUEL MEJÍA VALLEJO¹

Quando supe que la Universidad Autónoma Latinoamericana había decidido bautizar con el nombre de DORA RAMÍREZ su Sala de Exposiciones, pues lógicamente yo, y también otros parientes y amigos, nos sentimos muy contentos. Voy a leer unas cuantas palabras referentes al acto.

¹ Palabras del escritor Manuel Mejía Vallejo durante la apertura de la Sala de Exposiciones “Dora Ramírez”, el 12 de junio de 1987. “Como apertura de la muestra [de Dora Ramírez] se le da su nombre en placa a la Sala de Arte de esta Universidad” [Exposición “Dora Ramírez / Pintura y arte gráfico. 12 de junio a 10 de julio, Medellín]. El texto, cedido para esta edición por José Raúl Jaramillo, permaneció inédito hasta este año de 2023. Sus palabras le sirven al claustro para recordar, en el centenario de nacimiento del Escritor y de la Artista, su vínculo institucional con estas dos figuras importantes de la cultura en Antioquia, y enseñar a las nuevas generaciones los creadores que enaltecen las raíces de la región.

“El mundo de Dora Ramírez”

En el artista, ante todo, he querido ver siempre al ser humano, que además es artista. Una constancia del mundo a partir de un mundo personal, un enfrentarse a objetos y personas tomados en serio, un arriesgarse después de la seguridad de haberlos captado, si es captable la esencia recóndita del hombre y de la naturaleza. Ahí el juego supremo del artista.

Un cuadro eterniza el momento fugaz; es el riesgo de ser un poco dios, el atrevimiento en la búsqueda de lo no completamente realizado para transformar lo ya existente, como firmado por otro artista que no tenía afanes, porque la eternidad carece de afanes. Ser un punto de referencia, un índice que señala, una balbuciente intromisión en las cosas que, desde antes, estaban mejor hechas. El artista apenas modifica,

así la rabia y la soberbia quieran hacerlo omnipotente. El tiempo sabe mucho más de pinceles y colores que la avidez de quien intenta enfrentarse al tiempo, que todo lo borra o todo lo sublima.

“El arte en sus diversas manifestaciones, dice Dora Ramírez, es algo que embellece y ennoblece la vida, no solo del creador, sino de quien lo aprecia. Muchas veces he sentido que, al apreciar el arte, algunas personas son tan artistas como el que lo hizo posible. Así, también pinto por la necesidad de comunicarme con los demás. Creo que el espectador completa la obra”.

He tenido tan cerca de mí a Dora Ramírez, y desde hace tantos años, que hablar sobre ella sería hablar de un gran trecho de mí mismo. La he visto convertirse poco a poco en uno de esos mitos que viene trabajando desde su madurez pictórica. Tal vez, esa cercanía, dificulte resaltar algunos matices de su persona, tan entrañable desde cuando la conocí en noches de canto y guitarra, con

amigos que en alguna forma nos mejoraron los años. He permanecido atento a su vida y a su obra, decentes en cualquier sentido, luchadoras, hermanas en los momentos difíciles, celebradoras en la hora del triunfo disimulado por una modestia, convencida de su valor, a sabiendas de que jamás se llega, ni en la obra ni en la vida. Además, debo agradecerle el haber hecho, en meses de paciencia, en años de cercanía, a Dora Luz, su mejor mito vertido ahora en cuatro pequeños mitos que me pertenecen: Pablo Mateo y María José, Adelaida y Valeria; ellos conforman esa galería del corazón tan humana y vivaz, tan armoniosa y necesaria.

Sólo trato de insinuar un paisaje familiar, en donde Dora Ramírez se ha movido siempre. La recuerdo en su hermosa casona de la calle Caracas, educando y atendiendo a sus hijos, robando a los días el espacio para poner colores en lienzos y papeles, para formar con barro fuertes vasijas de ninguna

utilidad, para luchar con esperanza en un ambiente hostil y pasar adelante sin dejar ir su permanente sonrisa. La recuerdo sembrando matas y árboles en calles y solares de su vecindad, desdoblado manteles sobre una mesa enorme con aires de autopista, indicando el camino de la forma y el color a sus pequeños discípulos, entonando pasillos y bambucos, riendo con nuestras charlas al azar del momento, sufriendo ajenas precariedades de alma, viendo crecer a su gente y a su arte.



“Pinto desde niña, creo que existe la vocación.

Recuerdo el primer estuche de útiles que me dieron mis papás, era de cuero verde. Recuerdo el sitio de las crayolas.

Recuerdo su olor”.



Simón Bolívar en el caballo de Rousseau
Serigrafía sobre tela, copia 7/10, 160 cm x 126 cm, 1969
Colección UNAULA

Porque Dora Ramírez nació para el color y el dibujo; desde niña cuando emborronaba papeles con letras y figuras; desde joven, cuando ganaba primeros premios en redacción y danza; desde que se metió a talleres y escuelas de arte y formaba bodegones y figuras humanas con cierto desamparo, fuertes ya sus trazos primeros; desde que el pincel le fue inventando la luz que nos rodea y, en alguna forma, por ser luz, nos hace más oscuros, pero iluminados; desde que traspasaba al blanco toda la vida doméstica, los manteles de la tarea cotidiana y la jaula donde, en lugar de pájaros, hay uvas maduras; la forma perfecta del huevo y de la granadilla, el gris de los rincones y el ocre de los tejados. Y aire arriba, en órbita, sus frutas y sus flores, sus recuerdos y sus imágenes vecinas. La noche, el sol, los mitos, las demás estrellas. Aunque pintar es obsesión, ha dicho con justicia: “No estoy todo el día frente a un caballete, porque me siento como

dándole la espalda a la vida”. Pues mantiene otras obsesiones que, a veces, nos dan para sonreír o para una absoluta solidaridad; sus reticencias frente a la alimentación, que siempre ve fumigada; sus pastillas selectas y sus ejercicios corporales; el uso constante del teléfono al emprender campañas contra los ensanches que desfiguraron la ciudad y arrasaron una arquitectura respetable; su reniego ante una civilización que minimiza la especie. Y algo también admirable: sus vínculos con la gente joven, su entusiasmo por la obra ajena, su colaboración en cuanto iniciativa diga humanidad y arte. Y un sentido original para mirar y para sentir el mundo.

Puede ser que, a una mirada superficial, algunas de sus obras aparezcan elementales, sin embargo, es imposible caer en el engaño; están llenas de pequeñas claves, de secretos, de un oficio donde el trazo y el color cumplen una función indispensable. A su obra debe arrimarse con ojo desprevenido

y cauto, como a todo lo que merezca atención y respeto. Respeto, ese comienzo de la muerte, cuando ya la vida no tiene derecho a protagonizar sus amables equivocaciones, a plantear sus dudas finales, a rectificar los días que se nos fueron yendo hacia el olvido. Pero si hay una obra, esa vida puede largarse con el diablo porque allí quedaron las huellas de lo que un día nos conmovió y que, por tanto, adquiere su propia permanencia.



“Entro a las casas
mirando sus paredes, así
descubrí el primer cuadro
que me motivó la pintura,
algo para enmarcar, una
vasijita llena de flores”.

Pero la obra de arte no es sólo la obra de arte; es, además, la vida que se le endosó, los días avaros, lo duro del olvido,

lo ofensivo y eficaz del presente, las rencillas cotidianas, el amor y el fastidio, la aceptación y el rechazo, el desafío y la renuncia y el trabajo con dedicación irrenunciable, siempre la esclavitud al servicio de una expresión en veces desbocada. Y la pregunta sin respuesta, y la respuesta callada, y otra vez la pregunta sin contestación. Porque nadie sabe del arte.

Aunque por muchas circunstancias pertenece a ese asunto azaroso que llaman “alta clase social”, ella se ha marginado de tales atributos. “Entre la gente humilde está la autenticidad, afirma. Cuando vivía en Santa Elena, mi felicidad era subirme a los buses y oír conversaciones: lo que aprende uno. Ellos nos dan lecciones. No creo en las clases sociales: creo en la clase humana”.

En esta brega por ser algo, como otro instinto de conservación, llega Dora Ramírez atisbante e inocente, ardorosa y lejana, testigo de un mundo que se derrumba, de la rosa que no puede morir,

de la fruta madura, de la ropa familiar, del cuchillo cocinero, de la olla y la taza y el vaso y la cortina, de la baranda y el balcón, de la cuchara y la servilleta, del florero y del canto y la flor. Un mundo recogido, habitante de la casa, la hoja y el tronco, el limón y la sandía, la silla y el cojín, la taza humilde y el pocillo vacío y el jarrón para nada. Los ojos que se roban toda la mirada del mundo. Y a mí me gusta ese mundo que refleja la pintura de Dora Ramírez.

Vendrá la voz brava o apacible, el buen pasar detrás de la rutina, el vivir a la derrota, siempre seremos los grandes derrotados. Quedan la danza y la canción y un poco del buen sabor de la vida. Porque también están los juegos del tiempo, los trajes voladores, las manos al aire, el vuelo imposible y los héroes que la historia no perdona, en su derrota intemporal. Y el retrato del hijo asombrado, y el de Manuelita en su bandera agresiva, y el de Bolívar en el caballo de Rousseau. Y los ídolos del

cinematógrafo, los mitos donde sobreviven Marlen Dietrich y Pola Negri, donde suenan los Beatles, y Carlos Gardel sigue ardiendo y cantando.


Yo sé que Dora Ramírez no dejará de pintar y cantar en las noches sus canciones viejas, mirando con amor la rosa y el árbol, el vacío y las habitaciones, las calles y los parques, el monte y la nube, la alegría y el desgarramiento de una humanidad que se nos hunde a cada hora.



12 de junio de 1987



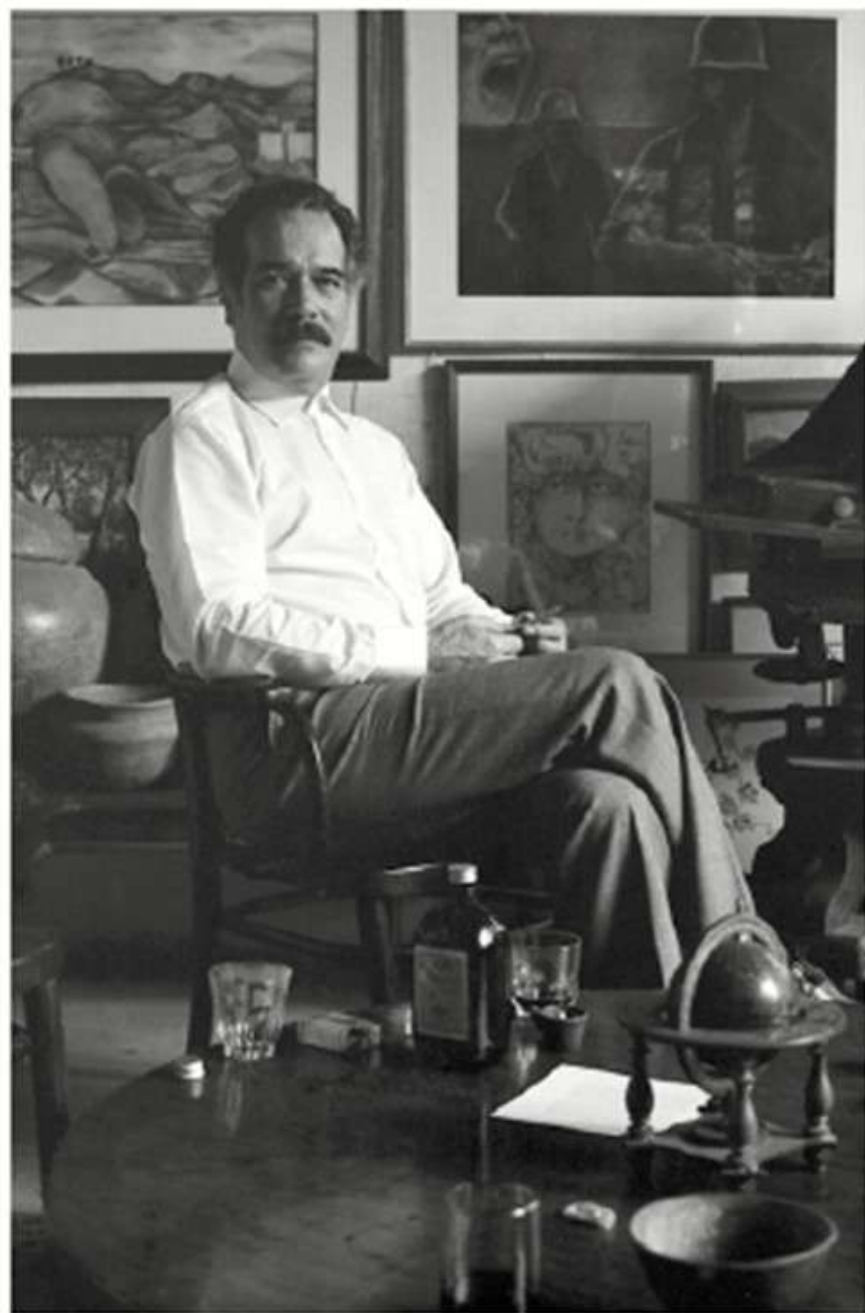
Manuelita Sáenz, la libertadora del Libertador
Acrílico sobre lienzo, 137 cm x 175 cm, 1983
Colección UNAULA



... Vendrá la voz brava o apacible,
el buen pasar detrás de la rutina,
el vivir a la derrota, siempre seremos
los grandes derrotados. Quedan
la danza y la canción y un poco
del buen sabor de la vida.

... Tal vez, esa cercanía,
dificulte resaltar algunos matices
de su persona, tan entrañable
desde cuando la conocí
en noches de canto y guitarra,
con amigos que en alguna forma
nos mejoraron los años.





... Además, debo agradecerle el haber hecho, en meses de paciencia, en años de cercanía, a Dora Luz, su mejor mito vertido ahora en cuatro pequeños mitos que me pertenecen: Pablo Mateo y María José, Adelaida y Valeria; ellos conforman esa galería del corazón tan humana y vivaz, tan armoniosa y necesaria.



... Muchas veces he sentido
que, al apreciar el arte,
algunas personas son
tan artistas como el que
lo hizo posible.



